

Regreso a la estancia

Jules Supervielle

Presentación

Dos observaciones pueden facilitar la lectura de «Retour à l'estancia» («Regreso a la estancia»). Una es que el texto aparece a comienzos de 1922 en *Débarcadères* («Desembarcaderos»), un libro en el que el poeta franco-uruguayo Jules Supervielle (Montevideo, 1884-París, 1960) logra por primera vez desprenderse del estilo algo convencional de sus primeras publicaciones y dar un paso importante en el desarrollo de un lenguaje propio. A esto lo llevó en parte su lectura, durante esos años, de algunos poetas franceses modernos tales como Claudel o Saint-John Perse, quienes muy poco antes habían introducido en la poesía francesa el versículo, es decir, la peculiar forma métrica que Supervielle adopta a su vez aquí, y en varias otras composiciones del libro, todas ellas destacadas en la edición original de 1922 por una tipografía itálica.

El versículo es un verso de extensión libre y muy variable, que puede ir desde unas pocas palabras hasta una oración de dos o tres líneas, sin sujeción a la rima, y que tiende muchas veces hacia lo declamatorio, con cierta solemnidad de índole casi religiosa, probablemente derivada de su origen bíblico. En ciertos tramos de «Retour à l'estancia» esta forma se combina, de una manera que podría parecer algo contradictoria, con un registro más llano, casi conversacional, tanto en el plano del léxico como en el de la sintaxis, muy frecuente en las vanguardias de principios del siglo xx, y que favorece en cierta medida las repentinas y audaces inserciones, sin traducción ni explicación, de un puñado de vocablos extranjeros, en este caso puramente rioplatenses: desde la *estancia* del título hasta los que luego designan especies autóctonas de árboles, pasando por esa *pampa* que en la edición original de 1922 aparece con mayúscula, y que junto con los *gauchos* del primer verso era el único de estos términos importados que podía resultar más o menos comprensible a sus lectores franceses, quizá porque evocaba las infinitas llanuras de una Argentina ciertamente más conocida por ellos que el casi ignoto (y más ondulado) Uruguay.

Tanto como la peculiar configuración verbal del poema, es necesario resaltar el basamento autobiográfico del texto, que contiene más de una referencia a la historia personal del poe-

ta. El poema está fechado en enero de 1920. Poniendo fin a una ausencia de siete años, tal como lo indica con precisión el poema, Supervielle acababa entonces de regresar a su país natal, que había visitado por última vez en 1913. Este prolongado alejamiento se explicaba por su incorporación a los servicios del ejército durante la guerra europea de 1914-1918 (a la que bien podría aludir aquí el adjetivo *desangrado*), pero también por una salud precaria, que en aquellos años le había hecho temer un desenlace fatal, al que alude aquí sin duda su dramático apóstrofe a la muerte. La muerte es el espectro que su reencuentro con los amplios y luminosos espacios de su tierra natal ahuyenta, devolviéndole la alegría y ese sentimiento de liberación, de renacimiento, que traduce no menos enfáticamente el poema.

Supervielle regresa en 1920 al Uruguay que añora y, es importante señalarlo, que no se halla para él en Montevideo (casi ausente de su obra, salvo en un poema posterior que lleva precisamente ese título, pero en el que la ciudad muestra tan solo sus árboles, sus pájaros o su frente marítimo), sino en la estancia familiar, recostada sobre el río Santa Lucía, a escasa distancia de la capital, pero anclada ya en un mundo completamente ajeno a ella. Es que la vieja estancia Águeda de su infancia representa para él un ámbito de luz y de silencio, de disfrutable soledad, de plena y gozosa absorción en un entorno natural ilimitado. Significativamente, esta matriz afectiva y espiritual vuelve a aparecer, durante esta misma década, al comienzo de *L'homme de la pampa* (*El hombre de la pampa*), su novela de 1923, o en *Uruguay*, su libro de recuerdos de 1928, cuyo capítulo inicial retoma varios elementos del poema de 1920, y está dedicado a la rememoración de los entrañables fines de semana que el niño pasaba en el campo.

La estancia es un refugio íntimo, celosamente preservado, distante en todo sentido de la vieja Europa de la que llega ahora el adulto, y a la que regresará forzosamente luego de unos meses, pero en donde fuera de la irrenunciable patria que constituye para él la lengua francesa se siente de algún modo extranjero, cautivo de una civilización agobiada por el peso y los rastros de tantas generaciones, limitado por una naturaleza ya demasiado cuadrículada, desligada de ciertas grandes fuerzas elementales aún presentes y muy activas, como lo comprueba una vez más, en este apartado Sur de América, en este «desierto» prehistórico de su infancia, no sometido a los «Dioses» de ningún «Olimpo».

Tal es la experiencia tan contrastada que vertebra este importante poema. Resultaría sugestivo leer con este mismo prisma su famoso título de 1930, *Le forçat innocent* (*El forzado inocente*), para ver en este hombre condenado a pesar de su inocencia a trabajos forzados una metáfora del inocente (entiéndase: infantil,

prístino, primitivo) «hombre de la pampa», condenado a vivir en el espacio tan «manufacturado» de una gran ciudad del Norte, pero que muy felizmente, puede olvidarlo por un tiempo cabalgando junto con los gauchos, volviendo a trotar como antes en la inmensidad de un campo abierto a los cuatro vientos.

Jean-Philippe Barnabé

Retour à l'estancia

Le petit trot des gauchos me façonne,
 les oreilles fixes de mon cheval m'aident à me situer.
 Je retrouve dans sa plénitude ce que je n'osais plus envisager,
 même par une petite lucarne,
 toute la pampa étendue à mes pieds comme il y a sept ans.
 Ô mort! Me voici revenu.
 J'avais pourtant compris que tu ne me laisserais pas revoir ces terres,
 une voix me l'avait dit qui ressemblait à la tienne et tu ne ressembles
 [qu'à toi-même.
 Et aujourd'hui, je suis comme ce hennissement qui ne sait pas que
 [tu existes,
 je trouve comique d'avoir tant douté de moi et c'est de toi, que je
 [doute ô surfaite,
 même quand mon cheval enjambe les os d'un bœuf proprement
 [blanchis par les vautours et par les aigles,
 ou qu'une odeur de bête fraîchement écorchée me tord le nez quand
 [je passe.
 Je fais corps avec la pampa qui ne connaît pas la mythologie,
 avec le désert orgueilleux d'être le désert depuis les temps les plus
 [abstraits,
 il ignore les Dieux de l'Olympe qui rythment encore le vieux monde
 Je m'enfonce dans la plaine qui n'a pas d'histoire et tend de tous
 côtés sa peau dure de vache qui a toujours couché dehors
 et n'a pour toute végétation que quelques talas, ceibos, pitas,
 qui ne connaissent le grec ni le latin,
 mais savent résister au vent affamé du pôle,
 de toute leur ruse barbare
 en lui opposant la croupe concentrée de leur branchage grouillant
 [d'épines et leurs feuilles en coup de hache.
 Je me mêle à une terre qui ne rend de comptes à personne et se
 défend de ressembler à ces paysages manufacturés d'Europe, saignés
 [par les souvenirs,
 à cette nature exténuée et poussive qui n'a plus que des quintes de
 [lumière,
 et, repentante, efface l'hiver, ce qu'elle fit pendant l'été.

J'avance sous un soleil qui ne craint pas les intempéries,
et se sert sans lésiner de ses pots de couleur locale toute fraîche
pour des ciels de plein vent qui vont d'une fusée jusqu'au zénith,
et il saisit dans ses rayons, comme au lasso, un gaucho monté, tout vif.
Les nuages ne sont pas pour lui des prétextes à une mélancolie distinguée,
mais de rudes amis d'une autre race, ayant d'autres habitudes, avec
[lesquels on peut causer,
et les orages courts sont de brusques fêtes communes
où ciel, soleil et nuages
y vont de bon cœur et tirent jouissance de leur propre plaisir et de
[celui des autres,
où la pampa
roule ivre morte dans la boue polluante où chavirent les lointains,
jusqu'à l'heure des hirondelles
et des derniers nuages, le dos rond dans le vent du sud,
quand la terre, sur tout le pourtour de l'horizon bien accroché,
sèche ses flaques, son bétail et ses oiseaux
au ciel retentissant des jurons du soleil qui cherche à rassembler ses
[rayons dispersés.

Janvier 1920

Avanzo bajo un sol que no teme las inclemencias,
que echa ampliamente mano de sus potes de color local bien fresco
para unos cielos de fuerte viento que llegan como un rayo al cenit,
y que atrapa vivo en sus rayos, como enlazándolo, a un gaucho montado.
Para él las nubes no son pretextos para una elegante melancolía,
sino rudos amigos de otra raza, con otras costumbres, con los que
[se puede conversar,
y las breves tormentas son repentinas fiestas de todos
en las que el cielo, el sol y las nubes
se dan el gusto y gozan de su propio placer y del de los demás,
en las que la pampa
se revuelca borracha perdida en el sucio barro en que se van a pique
[las lejanías
hasta la hora de las golondrinas
y de las últimas nubes, apelonadas en el viento del sur,
cuando la tierra, por todo el arco de un horizonte firmemente sujeto,
seca sus charcos, su ganado y sus pájaros
bajo un cielo en que resuenan los improperios del sol intentando
[reunir sus rayos dispersos.

Enero de 1920

(Versión en español de Jean-Philippe Barnabé)